

El Eco de la Montaña,

Periódico semanal, defensor de los intereses de Olot y su Comarca.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.	En toda España, trimestre.	Ptas. 4'50
	» » año	5'00
ANUNCIOS.	Los suscritores, línea.	0'05
	Los no suscritores, »	0'10
NÚMEROS SUELTOS.		0'15
REMITIDOS.	Precios convencionales.	

Olot 15 de Enero de 1893.

Año II. Núm. 29.

Para suscripciones y demás, dirigirse al Administrador ó bien á la librería de Juan Bonet, calle Mayor, núm. 3, Olot. No se sirven suscripciones ni se insertan anuncios que no estén adelantado su importe. — Tampoco se admitirá escrito alguno que no vaya firmado por su autor. Insértese ó no, no se devuelven originales.

De la colaboración particular de

EL ECO DE LA MONTAÑA.

CHOCHECES.

(CRÍTICA MENUDA.)

I.

Pues Sr., es una gran desgracia. En cualquier parte donde hay un tintero y una pluma, cate V. un escritor. La clase abunda que es una bendición. Poco importa la Gramática; lo interesante y lo principal es emborronar cuartillas para el público venga ó no á pelo.

El público ignorante, (y en España lo constituyen el setentacinco por ciento de sus habitantes,) se entusiasma con las letras de molde.

El olorcillo que exhala la tinta de imprenta, hace perder la chaveta á más de cuatro que sin esta pasión serían verdaderas personas formales.

Dígalo D. Teodoro que anda todo el día en chancletas, y se cree un escritor de tomo y lomo, solo porque el año pasado cierto periodiquillo tuvo la debilidad de publicar unos versos, (léase berzas,) debidos á su inspiración, producida por unos cuantos tragos del rancio del Priorato.

Ahora todo anda revuelto en su casa. Su esposa no puede coser á la máquina porque el ruido ahuyenta de su caletre las brillantes imágenes; sus chiquillos no pueden ni tan solo llorar, pues sus berrinches, como él dice, hacen imposible que dé la rotundidad debida á las estrofas que compone sobre el cultivo de la remolacha.

El otro día me lo hallé en la calle, (con un frío de siete grados bajo cero,) con la cabeza descubierta, golpeándose la frente y gesticulando como un poseído por los diablos. Le pregunté que le ocurría y me contestó con tono cabalístico: «Estoy pensando en el desarrollo de un drama en siete actos y un epílogo, titulado: *La envenenadora*,» en el cual hay escenas horripilantes. Venga V. á casa y le leeré los cuatro actos primeros.»

Dios me libre de acudir á la cita, pues para visitar poetas de tal fuste, se hace indispensable ir con un municipal á cada lado, si uno no quiere que le magullen, porque esta es la verdad. Cuando la inspiración acude á ciertas cabezas que nacieron para melones ó para cantos rodados, es peligroso ponerse al alcance de las manos del individuo que para dar más realce á lo que lee, descarga á diestro y siniestro tal lluvia de puñetazos, que si uno tan solo da en la cabeza del paciente que le escucha, se la aplasta como hacen las *menegildas* con las cebollas antes de aderezarlas.

La que me causa lástima es su mujer. ¡Pobre señora! Según ella misma me ha referido, la otra noche despertó sobresaltada, toda vez que su marido, en medio de su inspiración, le sacudió una

puñada tal, en mitad de la boca del estómago, que por poco la revienta.

Y aún esta clase de inspirados son, créanme Vdes., los que pueden tolerarse por la sencilla razón que no abundan mucho.

A mí los que más me cargan son los aficionados á periodistas, que á duras penas saben escribir una carta familiar y se creen capaces (capazos ó espuestas deberían creerse) de ilustrar la opinión, cuando, en realidad de verdad, lo que hacen es disparatar de lo lindo sobre todos los asuntos sin distinción.

¡Qué sueltos de gacetilla se leen en ciertos papeles llamados periódicos! Aquello es la mar. Nada. La clase está desprestigiada: ¿qué le vamos á hacer?

Yo comprendo el escribir por vicio, puesto que yo lo hago; yo comprendo perfectamente, que la juventud ilustrada quiera dar á conocer, al público los frutos de sus estudios y desvelos; lo que no puedo yo tragar es que seres convencidos (á su pesar) de su nulidad intelectual, quieran pasar plaza de escritores, cuando escriben con los pies, según se desprende de los tropiezos y encuentros que dan á cada paso con la Gramática y con el sentido común.

Nada me convence tanto de lo difícil de la profesión de publicista, como la existencia de ese enjambre de abejorros literarios que creen que el escribir consiste solo en amezacotar palabras huecas unas tras otras para no decir nada.

¿Cuándo se convencerán los infelices que el escribir para los demás, no es un oficio manual como el cavar, pongo por caso?

Aquí reflexiono y observo que tal vez levantarán en contra mía una cruzada todos los de la clase; pero tal temor no me amilana: he de decir la verdad aún á trueque de que me acosen con sus escritos, faltos de Gramática, todos los escribidores del Orbe. ¡Tendría que ver! Nada, nada: los que no sirven para escribir, que arranquen patatas, pues estamos hartos de papeles sin sustancia, que no sirven para otra cosa que para envolver arenques en las tiendas de ultramarinos.

Dichoso aquel..... dice una canción que oí cantar en mis mocedades.

Dichoso aquel, repito yo, que no le vienen á las manos papeluchos impresos que nada dicen y que atentan al decoro de la Gramática y al pudor de las ideas; dichoso aquel que al convencerse de su nulidad tira la *peñola* al río; dichoso aquel, en fin, que sabe hacer caso omiso de las vaciedades que se escriben en estos tiempos en que cada hijo de vecino se cree un gran escritor.

S. CANTAULARO.

COLABORACIÓN INÉDITA
REDIMIDA.

Estaba furiosa y tenía motivos para estarlo. La noche anterior, en el palco de la comedia, Villafronda, el *pagano* de turno, prometió solemnemente ir á buscarla á las tres y llevarla en su carruaje blasonado á dar una vuelta por el paseo de coches del Retiro. A la hermosísima vengadora halagaba mucho la idea de pasear en el coche del opulento marqués llevando á éste á su lado, haciendo ostentación de su triunfo y abofeteando moralmente á la marquesa, que no dejaría de ir como de costumbre, y acompañada de sus hijos, al aristocrático paseo.

Eran las tres y diez minutos y Villafronda no venía. ¿Qué significaba esta falta de oportunidad? ¿Le tendría miedo, el muy imbécil, á su mujer? De seguro que sí... ¡Oh! pues lo que es ella no estaba dispuesta á perdonarle su cobardía. En cuanto le echara la vista encima se lo diría muy clarito...

Aquí sobra uno y eres tú ¡Vaya si se lo diría! Y alguien iba á alegrarse del rompimiento... Por ejemplo el duque de Montebanos que le había escrito en el trascurso de un mes, tres cartas altamente conmovedoras...

Cuando las manecillas del reloj señalaron las tres y media, Pilar con movimientos bruscos y nerviosos y mordiéndose los labios se quitó los guantes, el abrigo y el sombrero y los fué tirando sobre los riquísimos muebles de aquel gabinete que era un arsenal de objetos tan valiosos como inútiles.

Después sentóse junto á un precioso velador de malaquita y se dispuso á escribir al duque. Pero la ira había alterado sus nervios y tuvo que renunciar á su propósito por falta de serenidad en el pulso y de ideas en el cerebro.

Cambió de sitio, sentándose junto al balcón y llamó á Carmen, una doncella morenita y vivarachita, para que le trajera el último número de *El Arlequin*, periódico ilustrado. Cuando Carmen se lo entregó, lo tiró al suelo. No tenía ganas de escribir, leer... De lo que tenía ganas era de decirle cuatro desvergüenzas á Villafronda... ¡Al muy estúpido le iban á costar caras su informalidad y cobardía!...

Miró á la calle... En la acera de enfrente había-se formado un círculo de hombres, mujeres y chiquillos. En el centro de aquella rueda de seres humanos vió un montón de trastos viejos, muy viejos: una mesa, tres ó cuatro sillas desvencijadas, un baúl, un catre, un gergón y un cesto de cacharos ennegrecidos por el humo... Dos guardias de orden público que acababan de llegar al sitio donde se agolpaban los curiosos ocupábanse en la árdua tarea de suplicar á éstos que dejaran el tránsito libre.

Del portal de la casa situada enfrente del balcón que servía de observatorio á la vengadora, salió en aquel instante una mujer humildemente vestida. Llevaba de la mano á un niño de corta edad y tapábase á medias el desencajado rostro con el pañuelo que le servía para enjugar sus lágrimas. Todas sus miradas claváronse en ella y el niño y casi todos los semblantes expresaron la más